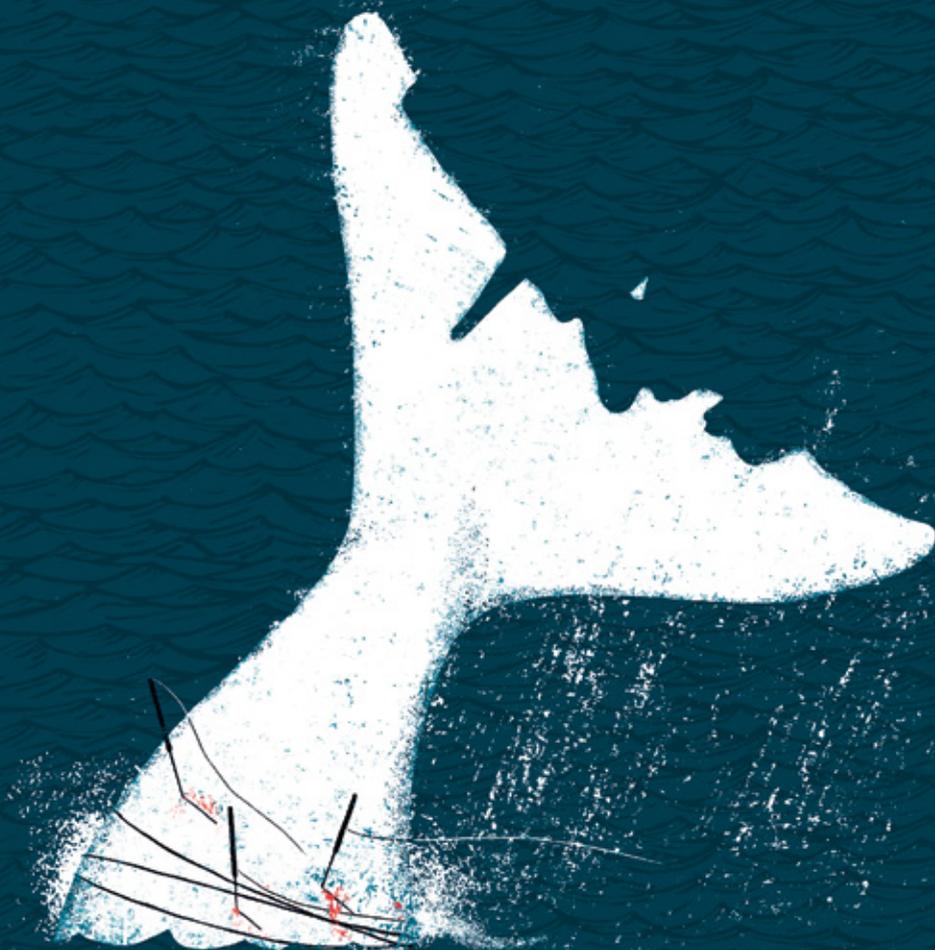


CLÁSICOS
A MEDIDA



Moby Dick

Herman Melville

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

Moby Dick

Herman Melville

Adaptación de Vicente Muñoz Puelles
Ilustraciones de Goyo Rodríguez

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Moby Dick*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Vicente Muñoz Puelles, 2019
© De la ilustración: Goyo Rodríguez, 2019
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2019

ISBN: 978-84-698-4797-8
Depósito legal: M-38815-2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

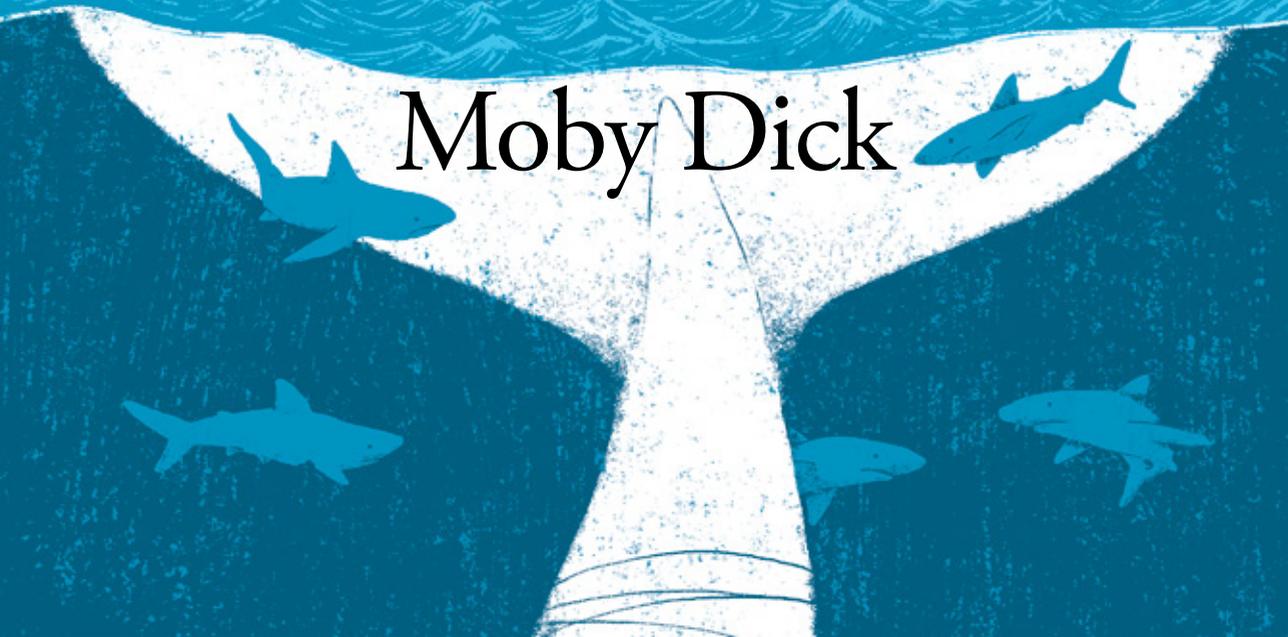
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Introducción	7
Capítulo I. La posada del Chorro	21
Capítulo II. La capilla de los Balleneros	29
Capítulo III. El Pequod	37
Capítulo IV. El profeta	43
Capítulo V. Una tripulación muy variada	49
Capítulo VI. La promesa	55
Capítulo VII. La obsesión de Ahab	63
Capítulo VIII. La primera persecución	69
Capítulo IX. Encuentros en alta mar	77
Capítulo X. El kraken	85
Capítulo XI. Entre restos de cetáceos	93
Capítulo XII. Ámbar gris	99
Capítulo XIII. Grumete al agua	105
Capítulo XIV. El final de las ballenas	111
Capítulo XV. El ataúd de Queequeg	121
Capítulo XVI. Un arpón especial	127
Capítulo XVII. El rayo	135
Capítulo XVIII. El infortunado Rachel	141

Capítulo XIX. La caza	147
Capítulo XX. Sed de venganza.	157
Capítulo XXI. El duelo final	163
Epílogo	171
Apéndice.	173



Moby Dick



La posada del Chorro



Llamadme Ismael. Hace años, con muy poco dinero en el bolsillo, y sin nada que me atara a la tierra, pensé en irme a navegar por ahí, para conocer los océanos del mundo.

Ahora, esa inquietud se ha convertido en costumbre. Cada vez que me encuentro triste y malhumorado, cuando me siento solo sin saber por qué; cuando noto que el frío de noviembre se instala en mi alma; y sobre todo cuando me detengo, casi sin darme cuenta, ante las tiendas de ataúdes, comprendo que es hora de embarcarme.

He nacido tierra adentro, pero todos los caminos llevan al mar. El agua tiene una magia irresistible que atrae a los hombres y los impulsa a cruzar montañas, a seguir arroyos, riachuelos y ríos, hasta llegar al mar, que es como un inmenso espejo donde a todos nos gusta mirarnos.

Recuerdo que llegué al puerto de New Bedford un sábado por la noche, en diciembre de 1841. Con pasos vacilantes recorrí

las calles, buscando un alojamiento acorde con mis posibilidades. Al final, no lejos de los muelles, atisé una débil luz. Escuché un chirrido y, al levantar los ojos, vi un letrero que se balanceaba sobre la puerta, con un surtidor alto y blanco pintado y estas palabras debajo: «Posada del Chorro». Se refería, claro está, al chorro de vapor que brota de la cabeza de la ballena.

Me dije que aquel podía ser el sitio perfecto para conseguir un alojamiento barato, algo de comida y un buen café. Empujé la puerta de la posada del Chorro y me encontré en un vestíbulo oscuro, con antiguos paneles de madera que debieron de haber pertenecido a una embarcación ruinosa. A un lado, un cuadro enorme representaba a una ballena en medio de una tempestad, abalanzándose sobre un barco de tres mástiles casi sumergido, con todas las velas recogidas. La pared opuesta mostraba una aparatosa exhibición de lanzas oxidadas y afilados arpones.

Tras atravesar ese vestíbulo llegué a la sala común, donde jóvenes marineros bebían acodados en las mesas. En un rincón estaba el bar, una especie de guarida con la mandíbula de una ballena como adorno. Bajo aquella mandíbula se afanaba un hombrecillo enclenque, que llenaba los vasos toscamente graduados.

—Hasta esta marca —decía—, el precio es un penique. Hasta aquí, un penique más, y puedes beberte el vaso entero por un chelín.

Hablé con el patrón, un tal Coffin, para pedirle una habitación. Me contestó que la posada estaba llena y que no había ni una cama desocupada. Luego, como si se acordara de golpe, me preguntó si tendría inconveniente en compartir la manta con un arponero.

—Nunca me gustó dormir con otro —le dije—, pero tampoco me apetece seguir dando vueltas por ahí en una noche tan fría, y menos en una ciudad desconocida. ¿Cómo es el arponero?

El patrón emitió una risita. Parecía divertirse algo que escapaba a mi comprensión.

—Es un hombre tranquilo —respondió—. Por lo común se acuesta y se levanta pronto. Pero esta noche salió a vender su cabeza. Espero que por fin lo consiga. El problema es que el mercado está completamente saturado.

—¿De qué? —le pregunté.

—De cabezas, claro. ¿Acaso no hay ya demasiadas cabezas en el mundo?

Le rogué que no me tomara el pelo.

—El arponero del que le hablo —me dijo— acaba de llegar de los mares del Sur, donde adquirió un montón de cabezas, de esas que los curiosos compran a buen precio. Vendió todas menos una, que es la que está intentando vender esta noche. Mañana es domingo, y no está bien exhibir cabezas por las calles cuando la gente va camino de la iglesia. Pero venga, que se está haciendo muy tarde. No creo que ese arponero vuelva esta noche. Habrá anclado en cualquier sitio. Suba conmigo, pues.

Fuimos escaleras arriba y me hizo pasar a una pequeña habitación, fría como una almeja. El mueble principal era una cama gigantesca, donde cabrían hasta cuatro arponeros.

—Ahí tiene —dijo el patrón, colocando la vela sobre un viejo arcón que servía de lavabo y mesa de centro—. Póngase cómodo ahora, y que pase buena noche.

Cuando me volví hacia él, descubrí que había desaparecido.

Me quité la ropa y tardé bastante en quedarme dormido. Ya lo había logrado cuando el fuerte sonido de unas pisadas me despertó y vi un resplandor de luz que asomaba por debajo de la puerta.

Permanecí acostado. Con un arpón en una mano, y la espantosa cabeza de los mares del Sur y una vela encendida en la

otra, mi compañero de cama entró en la habitación. Sin mirar hacia mí, dejó la cabeza y la vela sobre el arcón. Luego, apoyó el arpón en la pared y se quitó el sombrero, que era alto como una chistera. Para mi sorpresa, no había pelo alguno en su cabeza, salvo una especie de trenza muy apretada que le nacía en medio del cráneo y le caía sobre la nuca.

Estaba yo muy ansioso por verle la cara, pero cuando se dio la vuelta me quedé aterrado. Era oscura, purpúrea y amarilla, y estaba cubierta de líneas negruzcas que le recorrían la frente, las mejillas y el mentón. Sin duda, eran tatuajes.

Empezó a desvestirse y pude atisbar su pecho y sus brazos, que también estaban tatuados con dibujos en espiral y otras formas intrincadas. Lo mismo cabía decir de sus piernas.

No sé de dónde extrajo un *tomahawk*, esas hachas de guerra de los indios norteamericanos que también sirven a veces de pipa. Llenó el cazo de tabaco, lo encendió y se puso a fumar y a exhalar grandes bocanadas de humo. Poco después, con el *tomahawk* entre los dientes, se introdujo en la cama. No pude evitar un grito de pánico, y el hombre tatuado emitió un gruñido de asombro y empezó a palparme.

—¿Quién demonio tú? —me preguntó—. Si tú no hablar, maldito, yo matarte.

Al decir esto, agitaba el *tomahawk* encendido sobre mi cabeza.

—¡Patrón! ¡Por el amor de Dios, señor Coffin! —llamé a gritos—. ¡Despierte, patrón! ¡Ángeles, salvadme!

—¡Tú hablar! —volvió a gruñir el caníbal.

Por fortuna, el patrón irrumpió en ese momento en la habitación, lámpara en mano. Salté de la cama y fui corriendo hacia él.

—Tranquilícese —dijo con una amplia sonrisa—. Quee-queg no le arrancarí a usted ni un solo cabello.



—Pero ¿por qué no me dijo que ese arponero era un caníbal?

—Supuse que me había entendido. ¿Acaso no le dije que era un vendedor de cabezas? Vuelva a acostarse. Queequeg, escucha. Tú entender mí, yo entender tú. Tú dormir con este hombre. ¿Entender?

—Yo entender todo —asintió Queequeg, con la pipa en la boca.

—Patrón —le pedí—, dígame que deje de fumar y yo me acostaré con él. No me gusta que la gente fume en la cama. Es peligroso.

Queequeg obedeció inmediatamente y se apartó para dejarme el mayor espacio posible.

—Buenas noches, patrón —dije—. Ya puede irse.

Me metí en la cama y pensé que, después de todo, más vale dormir con un caníbal sobrio que con un cristiano borracho. A la mañana siguiente, al abrir los ojos, me encontré con el brazo tatuado de Queequeg cruzado afectuosamente sobre mi pecho. Cualquiera que nos hubiera visto así podría haber pensado que yo era su mujer.

—¡Queequeg! —grité.

Un ronquido fue su única respuesta. Me di la vuelta y sentí en la espalda un ligero arañazo. Era el *tomahawk*, que mi compañero, al verme dormido, había vuelto a introducir en la cama.

—¡Queequeg! ¡Por todos los cielos, despierta!

Por fin retiró el brazo y se sacudió como un perro de Terranova que acaba de salir del agua. Luego me indicó que él se asearí primero para dejarme el cuarto libre. No se lavó la cara, pero sí el pecho, los brazos y las manos. Tomó su arpón, le quitó el mango de madera y se afeitó con su hoja afilada.

Tan pronto acabó de arreglarse, se marchó orgullosamente de la habitación, con su sombrero de piel de castor y su áspero chaquetón. Yo me aseé también y bajé al bar, que estaba lleno de huéspedes llegados la noche anterior, como yo. Eran casi todos balleneros, primeros, segundos y terceros oficiales, carpinteros, herreros y toneleros, arponeros; gente fuerte y curtida por el sol y el viento salino, con barbas hirsutas y sin trasquilar.

Me senté con ellos a la mesa, junto a Queequeg, y me preparé mentalmente para escuchar algunos relatos sobre la caza de la ballena. Para sorpresa mía, todos bebían y masticaban en silencio, como si estuvieran avergonzados. Era un grupo de viejos lobos de mar, muchos de los cuales habían cazado grandes ballenas sin pestañear. Pero allí estaban, buscándose unos a otros como ovejas de un rebaño, como si fuera del barco se sintieran inseguros y torpes. ¡Curiosa visión la de aquellos perseguidores de ballenas, tímidos y aguerridos al mismo tiempo!

En cuanto a Queequeg, usaba su arpón para enganchar los filetes de vaca y acercarlos a su plato desde el otro lado de la mesa, con inminente peligro para muchas cabezas. Pero aquello lo realizaba con cierta elegancia, como si fuese lo más natural del mundo. Concluido el desayuno, encendió su pipa *tomahawk* y buscó un rincón para hacer la digestión, mientras yo salía a dar una vuelta.

Si al principio me había sorprendido conocer a alguien tan exótico como Queequeg, pronto descubrí, al recorrer las calles de New Bedford a plena luz del día, que en la ciudad se habían juntado gentes de todas las tribus, todos los colores de piel y todos los continentes, empeñados en una sola cosa: seguir la estela que deja la ballena y darle muerte.



El capitán Ahab, apoyado sobre su pierna fabricada con una mandíbula de cachalote, empuja a su tripulación del Pequod al desastre en su obsesión por acabar con la ballena blanca, con Moby Dick; esa reencarnación del mal que mutiló su cuerpo y su alma para siempre. Una novela de aventuras imprescindible, un compendio sobre los balleneros y el mar y un clásico de la literatura universal de todos los tiempos.

